

lizable. El gobierno reaccionario, al frente del cual se encontraba el conde Dimitri Tolstoj, no relevaría al comandante aunque todos los prisioneros de Siberia pudiesen morir de hambre. Creímos arreglar el asunto rogándole que pidiese él mismo su traslado con un pretexto cualquiera. El comandante y las mujeres aceptaron el arreglo, pero las últimas declararon categóricamente que si en el transcurso de algunos meses no se iba Masjukoff, rehusarían de nuevo todo alimento, y esta vez llevarían su protesta hasta el último límite.

CAPÍTULO XXVII

Los "colonos,"—Incidentes en la prisión de mujeres

El verano de 1888 amenazaba con acontecimientos muy desagradables en la prisión de hombres, pero no tenían comparación con el drama que se desarrollaba en la de mujeres.

En la habitación del *hospital* había en aquella época un antiguo oficial llamado Wlastopoulo, que en 1879, en Odesa, había sido condenado á la pena de quince años de prisión, cuya condena se había agravado á la de trabajos forzados á perpetuidad por tentativa de evasión. Inteligente, bastante instruido, de una gran fuerza de carácter, en extremo orgulloso y ambicioso, era un terrorista inquebrantable en sus convicciones. Los camaradas tenían la más grande confianza en él y lo apreciaban en el más alto grado, hasta el punto que fué elegido dos veces administrador.

En 1888, los compañeros de habitación, entre los cuales me contaba, notamos que empezaba á ponerse lunático y sobrecitado. En esta época, un funcionario de seguridad general, el consejero de Estado Russinoff, hizo una visita á Kara. Las visitas de este género eran frecuentes y tenían por objeto arrancar á los prisioneros el testimonio de su arrepentimiento, después de lo cual se les ha-

cía firmar una solicitud de gracia. Estas eran con frecuencia coronadas por el éxito, y ciertos prisioneros, que no tenían una gran fuerza de carácter, entonaban el *mea culpa*. Un rasgo característico es que jamás este caso se había dado en la prisión de mujeres.

Poco tiempo después, Wlastopoulo abandonó la prisión en compañía de dos gendarmes, dejando un papel escrito á los camaradas. La lectura de este papel nos aterró. Wlastopoulo nos declaraba que había perdido su fe en el movimiento revolucionario y decidía *arrodillarse al pie del trono*, lo que en nuestro lenguaje significaba dirigir al zar una petición de gracia. Ningún hecho análogo había causado en nosotros impresión tan profunda. Wlastopoulo era una persona notable, y su ejemplo podía influir en muchos.

Ya he dicho que en esta época la más furiosa reacción reinaba en Rusia, y llegaban hasta nosotros las noticias á través de los muros de la prisión.

El hecho de que la reacción era todopoderosa podía inducir á ciertos de nosotros á actos de sumisión, á los cuales un prisionero está demasiado dispuesto. Se comienza á dudar del ideal soñado, que consideramos como una cosa santa, y se llega hasta lo que nos parece increíble. Un día supimos que uno de los jefes más populares de la «Narodnaja Volja», León Tichomiroff, se había convertido en apóstata. Este hombre, que escapó por una casualidad al cadalso, logró evadirse en 1882, y en 1887 escribió un folleto intitulado *Por qué he cesado de ser revolucionario*, en el cual renegaba de todas sus ideas pasadas; esto le hizo obtener la gracia del zar. Recibió la autorización de volver á Rusia, donde puso inmediatamente su

pluma al servicio de la reacción más abyecta, en la que continúa aún.

Este ejemplo de apostasía, único en la historia del movimiento revolucionario ruso, produjo en todo el imperio una impresión desagradable. Escuché decir un día á uno de mis camaradas:

— Cuando Tichomiroff mismo se ha hecho monárquico y se ha pasado al zarismo, ¿debo yo, pobre soldado de última fila, quedar revolucionario siempre?

Nuestros temores no tardaron en confirmarse: nueve siguieron bien pronto el ejemplo de Wlastopoulo. Entre éstos se contaban hombres como Yemeljanof, que había querido lanzar una bomba contra el zar, y Posen, uno de los espíritus más libres de la prisión.

Cuando un preso firmaba la petición de gracia, la administración tenía cuidado de ponerlo en prisión separada hasta que decidían las autoridades de Petersburgo.

Nosotros rompíamos inmediatamente toda relación con él, y algunas veces se provocaban escenas violentas. En nuestro argot, dirigir una petición de gracia significaba «querer ser enviado á las colonias», y hoy todavía la palabra *colono* se emplea en Siberia en un sentido ultrajante, como sinónimo de renegado.

*
* *

Durante este tiempo, la lucha no había concluido en la prisión de mujeres: por el contrario, se hacía cada vez más dura.

La autoridad no parecía dispuesta á trasladar á Masjukoff, y las mujeres decidieron, al expirar el plazo, recurrir de nuevo á la protesta por el

hambre. Cuando lo supimos resolvimos asociarnos á la protesta y nos negamos á tomar todo alimento.

Declaramos que esta decisión nos la dictaba sólo un sentimiento de piedad hacia las mujeres, porque desde otro punto de vista las excusas presentadas por el comandante nos parecían suficientes.

En estos días nuestra prisión presentaba un espectáculo extraordinario; todo trabajo se había suspendido; la hucha de las provisiones estaba cerrada y la cocina desierta. En el patio paseaban los prisioneros, que durante varios días no habían tomado nada, pero no querían dejar adivinar el estado de abatimiento físico en que se encontraban. Nos era más fácil morir de hambre que abrir la boca para comer, porque no queríamos dejar á nuestras compañeras sufrir solas.

No le hicimos saber nada al comandante, y él, por su parte, guardaba silencio; pero al cabo de tres días llamó á nuestro administrador y le preguntó el objeto de nuestra protesta. Nos hizo decir, por medio del administrador, así como á las mujeres, que sería trasladado bien pronto, porque había dirigido una nueva petición y había recibido contestación favorable; para corroborar sus afirmaciones nos mostró telegramas que trataban del asunto.

Obtuvimos de las mujeres que tomasen algún alimento al cabo de ocho días de riguroso ayuno, pero no renunciaron á su protesta contra Masjukoff.

Desde el traslado de Isabel, el comandante no osaba entrar en el departamento de mujeres; ellas decidieron romper hasta la comunicación indirecta, y para eso se impusieron los más duros sa-

crificios. Rehusaron enérgicamente todo envío postal que hubiera de ser hecho por su mediación; no recibieron su dinero, sus libros y sus periódicos. Quedaron reducidas al régimen estricto de la prisión, rompieron toda relación con sus familias y renunciaron á leer un solo periódico, que era su única distracción.

La consecuencia natural de todo esto es que las pobres criaturas cayeran en el más lastimoso estado físico y moral, en un abatimiento absoluto. Lo que les hacía sufrir terriblemente era no recibir noticias de sus familias. El comandante, por su parte, estaba obligado á devolver los envíos postales rehusados por los destinatarios; se puede imaginar la agonía y el sufrimiento de las familias. El pensar que ocasionaban crueles tormentos á los que querían, debilitaba el espíritu de resistencia de las prisioneras.

Una de las que sufrían más con estas cosas era Nadejda Sigida, una de las recién llegadas á Kara. Yo no la he conocido personalmente, pero por lo que he oído decir de ella á los camaradas, era una joven simpática y de un corazón abierto á todas las impresiones de ternura y de bondad. Tenía un cariño profundo á sus padres, que vivían en Taganrog, pequeña ciudad del Sur de Rusia. Antes de su matrimonio era maestra en una escuela del Estado. Después tomó parte directa en el movimiento revolucionario y fué condenada á ocho años de trabajos forzados, porque le encontraron en el cuarto que habitaba con su marido una caja con materiales sospechosos. El marido fué condenado á la pena capital, conmutada después por la de trabajos forzados á perpetuidad, y había muerto en el camino, cuando lo conducían á la isla de Sakhaline.

El destino se encarnizaba con esta pobre mujer. Condenada injustamente, había perdido á su marido y llegaba á las prisiones de Siberia en circunstancias de tomar parte en un drama terrible.

La ruptura de relaciones con los que amaba era para ella una pena cruel. El recuerdo de su madre y sus hermanas la sumía en una desesperación profunda. Se imaginaba la desolación de las pobres mujeres cuando recibieran las cartas que no habían sido abiertas y se encontraran en la imposibilidad de tener noticias suyas.

No era posible prolongar esta abominable situación; un año había ya transcurrido desde el traslado de Isabel, y aún era comandante Masjukoff. Las mujeres estaban en un estado de sobrecitación desesperado; no podían resignarse y resolvieron provocar un fin pronto, costara lo que costara.

Tuvieron nuevo consejo y por tercera vez pensaron en el suplicio del hambre.

—¿Qué esperáis obtener con eso?—les dijo Najdejda Sigida.—El gobierno se entretiene por no ceder; nuestra protesta no hará más que aumentar el número de víctimas. Puesto que no podemos resistir este género de vida, ¿no es mejor que una sola se sacrifique por todas?

*
* *

Sigida resolvió salvar á sus camaradas. Un día dijo al gendarme de servicio que tenía una comunicación que hacer al comandante y deseaba verlo. Masjukoff no vió nada sorprendente en esta demanda y ordenó que la condujesen á su despacho.

Algunos de nosotros fueron testigos aquel día de una escena extraña á través de la empalizada.

Un coche conduciendo á una joven y dos gendarmes se detuvo delante de la casa del comandante. La joven penetró en el interior y algunos segundos después el comandante, con la cabeza descubierta, en un violento estado de sobrecitación, saltó al patio por la ventana del piso bajo.

Con gran asombro de los espectadores, la joven apareció de nuevo hablando en alta voz y muy animada con los gendarmes. Por sus ademanes se comprendía que instaba á que mandasen un telegrama, pero ellos parecían indiferentes. Luego se la vió besar al niño de un vigilante.

Todo esto era extraño y enigmático para nosotros, pero no tardamos en tener la explicación. Así que Sigida se encontró delante de Masjukoff, le escupió en la cara, diciéndole:

—¡Esto es para el comandante!

Nuestro héroe, á pesar de la presencia de los gendarmes, se puso á temblar como una liebre y saltó por la ventana, huyendo.

Sigida creía que el comandante buscaba no dar parte de lo sucedido y por eso reclamaba imperiosamente que se telegrafiasen á las autoridades competentes. Contaba, como es costumbre en Rusia, con que un oficial que ha sido degradado no puede continuar en su cargo. En cuanto á ella, sabía que la condenarían á muerte, y estaba resignada. Todas las conjeturas fueron vanas y la desgraciada hizo un sacrificio inútil.

*
* *

El año 1889 marcó para nosotros, como para todos los que estaban en Siberia, una fecha in-

olvidable, porque además de los sucesos de Kara hubo un drama sangriento en Irkoutsk.

El ruido de este acontecimiento se extendió al través de todo el mundo civilizado, y provocó una violenta indignación contra la barbarie del gobierno del zar.

He aquí cómo el drama se produjo: Se habían internado en Irkoutsk cierto número de jóvenes y mujeres, los cuales debían ser transportados mucho más al Norte por la vía administrativa á algunos de esos lugares perdidos en el mapa de Siberia que se designan con el nombre de ciudades, tales como Verchny-Kolymsk, Nijni-Kolymsk ó Werchojansk.

Entre estos jóvenes, que pertenecían á las universidades, se encontraban algunos menores de edad, á los que conforme las leyes rusas, no se les puede imputar ningún delito.

El vicegobernador Ostachkin, que administraba entonces el gobierno de Irkoutsk, había dado orden de conducir á todo el mundo al lugar de su destino, pero empleando procedimientos que debían hacer el transporte extraordinariamente penoso. Cuando los condenados se enteraron, hicieron objeciones respecto al peligro á que se les exponía, bien de morir de hambre, bien de quedar enterrados entre las soledades de nieve.

Se les ordenó no discutir sobre esto. Entonces solicitaron ver al jefe de policía. En lugar de este funcionario vino un gendarme encargado de conducirlos al despacho.

Los deportados creyeron que querían llevarse los inmediatamente, sin hacer caso de su reclamación, y se negaron á obedecer la orden.

Entonces entraron los soldados, bajo el mando de un oficial, y una *carnicería*, que desafia toda

descripción, tuvo lugar: los golpearon á culatazos; los pasaron con las bayonetas y descargaron las armas contra estos desgraciados sin defensa. Seis cadáveres quedaron sobre el suelo, entre ellos el de una mujer en cinta. Todos los otros estaban heridos y cruelmente maltratados. A pesar de eso, se les arrojó en un calabozo y les formaron consejo de guerra. Tres fueron condenados á muerte y ejecutados en Irkoutsk, y nueve á trabajos forzados á perpetuidad. Tal es, en pocas palabras, la historia de *la carnicería de Irkoutsk*.

Nosotros supimos estas atrocidades en el momento en que nuestra situación era excepcionalmente crítica. Nuestra compasión á las inocentes víctimas y nuestra cólera contra sus verdugos, nos hicieron concebir serios temores respecto á nuestro propio asunto. Nos decíamos: «Cuando el gobierno se conduce de esa manera tan terrible con individuos completamente inocentes, ¿qué no puede permitirse contra nosotros, que estamos privados de todos los derechos y encerrados en calabozos de los cuales ninguna noticia puede saberse fuera?»

La cruel realidad que siguió, vino á confirmar nuestros temores.

CAPÍTULO XXVIII

El centenario de la Revolución francesa.—Sergio Bobochoff.

El fin del drama

Ha quedado, sin embargo, un recuerdo agradable del año 1889: el de la fiesta celebrada entre nosotros para conmemorar el centenario de la demolición de la Bastilla.

Algunas docenas de hombres condenados y prisioneros del zar de todas las Rusias, perdidos en uno de los rincones más desiertos del mundo, decidieron asociarse á la alegría del pueblo francés que festejaba con entusiasmo el centenario de su gran Revolución.

Nuestra fiesta fué de las más modestas: té y pastas que pudimos procurarnos entre todos. La sala del festín era el patio, adonde trasladamos las mesas de todas las habitaciones para sentarnos alrededor. Allí evocamos los recuerdos de la gran victoria de la Revolución y de todos los héroes.

Nos preguntábamos unos á otros:

—¿Llegará para nosotros el día en que el pueblo ruso pueda demoler nuestras bastillas; la fortaleza Pedro y Pablo, la ciudadela de Varsovia y otras cárceles donde el zarismo encierra á sus enemigos? ¿Habrà alguno de nosotros vivo aún ese día?

—Al comienzo del siglo XX, Rusia habrá conquistado su libertad—decían los optimistas.

—¡Quién sabe si no lo logrará nunca!—añadían los escépticos.

Había debates y conversaciones animadas. Muchos de ellos, que entonces estaban llenos de esperanza, reposan hoy en la tierra; otros vegetan todavía tristemente en los desiertos de la Siberia.

Pero volvamos á los tristes acontecimientos que tuvieron lugar entonces.

Cuando Sigida escupió al comandante, las mujeres comenzaron su protesta por el hambre, la tercera y la más terrible. Se aferraban obstinadamente á la idea de que Masjukoff debía irse ó morir ellas. Esta vez no tomaron el menor alimento en diez y seis días consecutivos, y Sigida resistió veintiún días, como supimos más tarde. El médico de la prisión había declarado que no respondía de sus vidas; el gobernador de la provincia dió la orden de alimentarlas artificialmente. No sé si esa orden fué ejecutada. Corrió el rumor de un incidente entre el médico y María Kowalskaja. Entró en su celda cuando ella estaba tendida en la cama estenuada por el hambre. Pensó que deseaban usar de la violencia, y desesperada abofeteó el rostro del doctor. Este era un hombre de una gran humanidad, tomó la cosa como resultado de la situación en que se encontraba la pobre mujer, y no la creyó responsable. Le dijo que estaba equivocada, que no tenía la menor intención de hacerle violencia, y ella se excusó. El doctor contó después á sus conocidos que no había visto jamás una mujer de un carácter tan admirable, tan elevado espíritu y arrebatadora elocuencia.

En fin, viendo que las mujeres estaban próximas á la muerte y que irían hasta el final, las autoridades superiores declararon que Masjukoff no sería trasladado para que no se pudiera decir que se habían impuesto las prisioneras; pero el gobernador hizo que Sigida, Kowalskaja, Smirnikaja y Kaljujnaja no estuviesen bajo el mando del comandante, sino de la administración general de prisiones, y se las condujo al departamento reservado á las presas de derecho común. Las prisioneras se mostraron satisfechas de esta medida y renunciaron á su protesta, pero su martirio no había terminado y debían sufrir pruebas muy crueles.

En la primera quincena de Octubre, Masjukoff, que no se había dejado ver desde que le escupió Sigida, entró en nuestra prisión. Venía rodeado de una escolta armada, como no lo hizo nunca antes. Cuando estuvimos reunidos en el corredor nos leyó con voz trémula un papel que decía: «que á consecuencia de los tumultos que habían estallado entre los prisioneros políticos de Kara, el gobernador haría emplear las represiones más severas y hasta los castigos corporales».

Los prisioneros políticos estaban acostumbrados á sufrir vejaciones, pero no hubieran podido humillarse hasta aguantar los castigos corporales; la sola amenaza de semejante trato nos produjo el efecto de un ultraje que no podía lavarse más que con sangre. Este modo de ver encontró elocuente intérprete en Sergio Bobochoff, excelente joven que representa un papel inolvidable en la historia de las revoluciones rusas desde el día en que los tiranos de la Siberia nos arrojaron al rostro esta odiosa provocación.

Sergio Bobochoff era de las regiones del Vol-

ga y había frecuentado la escuela de Veterinaria de Petersburgo. En 1870 tomó parte en una manifestación dirigida contra el profesor Tion, que hizo gran ruido en la época. Condenado á destierro, había sido llevado por la vía administrativa á los desiertos del gobierno de Arkángel, y en 1878 hizo una tentativa de evasión y disparó contra los que le persiguieron un tiro de revólver. Esperaba que le harían comparecer ante un tribunal y podría denunciar los abusos cometidos por la administración, pero lo condenaron sin oírlo á veinte años de trabajos forzados, y, en 1879, lo enviaron á Kara.

Durante los treinta años que he estado entre revolucionarios rusos, he conocido más de un hombre notable, pero ninguno que pueda compararse moralmente con Bobochoff.

Tierno de corazón, leal á toda prueba, serio y pronto á servir á los amigos, tales eran sus cualidades dominantes. Era el hombre más modesto que se puede pensar, pero cuando se trataba de hacer respetar el honor revolucionario, era intratable y estaba inflamado de toda la pasión de un profeta. No había nunca la menor contradicción entre sus actos y sus palabras. De todos los revolucionarios rusos, era el más lógico y el más firme en sus principios. Nada de admirar tiene que este hombre de tal temperamento impusiera deferencia y respeto hasta á los que no participaban de sus opiniones.

Cuando llegó á Kara, era un joven penetrado por las ideas que reinaban entonces, es decir, las de *Buntari*, las del más puro anarquismo, y quedó fiel á ellas hasta la muerte.

La prisión y el destierro son, desde este punto de vista, eminentemente conservadores. Los principios con que un hombre entra en prisión se fijan

y resisten inmutables durante todo lo que dura el cautiverio. Bobochoff leía mucho y se arrojaba con pasión á todo lo que presentaba un interés desde el punto social y político; pero, como otros muchos hombres inteligentes, no tomaba de cada libro más que los argumentos que fortificaban su manera de ver. Así, los problemas de la democracia social le interesaban en el más alto grado, pero su pasado le impedía sacar bien todas las consecuencias y estaba en discusión perpetua con los partidarios de esa doctrina.

No éramos compañeros de habitación, pero durante los paseos en el patio teníamos debates sin fin sobre este tema. Era un terrible adversario, muy atento, sabiéndose contener, jamás agresivo ni descendiendo á personalidades.

Bobochoff se sintió más impresionado que los otros camaradas por la amenaza de los castigos corporales. Imaginó el plan siguiente, para el que hizo una propaganda inmediata. Quería enviar un telegrama al ministro del Interior, diciéndole que si la amenaza del gobernador general no era retirada, estábamos dispuestos á suicidarnos uno después de otro. Nos propuso que en caso de que el ministro no accediera á la súplica, nos suicidáramos por el turno que decidiera la suerte.

Bobochoff combatió enérgicamente todas las razones que le di.

—Amo la vida tanto como usted—me dijo,—y estoy pronto á afrontar la muerte, á manera de protesta; espero que los demás harán otro tanto. Sin la situación en que me pone la suerte, es decir, sin la obligación moral, mi protesta no sería necesaria; si los demás no me imitan, mi sacrificio sería inútil y ninguna influencia ejercería en el ánimo del gobernador.

Después de esta conversación saqué el convencimiento de que Bobochoff amaba la vida y no tenía deseos de suicidarse. Pero su suerte y la de algunos camaradas estaba ya decidida.

Supimos que por orden del gobernador general, Sigida había sido sometida á castigo corporal por la ofensa infligida al comandante. Esto nos parecía increíble. Nada semejante había en la historia del movimiento revolucionario; entre los hombres, Bogoljuboff, que había sido condenado á trabajos forzados á causa de la manifestación de la plaza de Kazan en 1876, fué el único que se conformó con semejante afrenta. Desde que Wera Sassulitch hizo fuego sobre el jefe de policía Trepoff, ninguna nueva tentativa se había hecho para someter los condenados políticos á penas corporales durante los doce años transcurridos.

Se habían verificado numerosas tentativas de evasión para incurrir en dicha pena, y se contentaron con prolongar el tiempo de prisión algunos años más. Nadie podía suponer que se sometiera á una mujer á semejante castigo, mas el ejemplo de la *carnicería de Irkoutsk*, cuyas víctimas eran todas jóvenes y mujeres, simplemente condenados por la vía administrativa, nos hacía temer los actos más bárbaros por parte del gobierno del *zar de la paz*.

Los más terribles días empezaron para nosotros, pero la incertidumbre no duró largo tiempo; á principios de Noviembre supimos que la sentencia de la joven había sido ejecutada.

Imposible describir nuestro estado de alma, nuestra terrible indignación. Guardamos, sin embargo, una calma aparente para no despertar sospechas en los gendarmes.

Un día corrió el rumor de que Sigida había muerto poco después de la ejecución del castigo; los unos decían que había sucumbido de una crisis nerviosa, otros que se había envenenado. Al poco tiempo se nos hizo saber que Kaljuschnaja, Kowalskaja y Smirnizkaja habían tomado una droga y estaban muertas en el hospital de la prisión. Á esta noticia, un cierto número de entre nosotros resolvimos en silencio, y sin ninguna discusión previa, seguir el ejemplo de las mujeres. Nos proporcionamos el veneno y decidimos tomarlo después de la revista de la noche. Ninguno pidió á otro que se asociara á su idea; los que estaban decididos á morir tomaron el opio que se encontraba sobre la mesa de cada habitación y lo absorbieron.

Bobochoff estaba durante algunos días tan tranquilo como si nada de extraordinario ocurriese, siempre serio y sobrio de palabras. Kaljuschni parecía tener desde largo tiempo una resolución irrevocable; esto los aproximaba y les hizo íntimos amigos. De treinta y tres que éramos, diez y siete resolvimos renunciar á la vida. Se fijó el día, y poco después de la revista de la tarde se escucharon los ecos de un canto en la *habitación de los Yakoutes*, donde se encontraban Bobochoff, Kaljuschni y la mayoría de los conjurados para suicidarse. Había algunos en cada habitación y dos en la nuestra. Este canto fué la señal. Los que debían morir se despidieron de los camaradas, absorbieron el veneno y se acostaron sobre el jergón, convencidos de que todo había acabado.

Yo no había tomado veneno; pero creo que era más fácil envenenarse que ser espectador de este drama. La impresión que produjo sobre mí fué terrible; me acometieron dolores de cabeza, y los

médicos descubrieron que tenía síntomas de envenenamiento. A pesar de esto, los camaradas que tomaron el veneno no consiguieron su objeto; el opio estaba descompuesto y no fué bastante á matarlos. Los desgraciados se levantaron á la mañana siguiente con atroces sufrimientos, pero esto no les hizo ceder en su empresa y decidieron tomar un veneno más activo, tal como la morfina. Sólo tres se arrepintieron.

A la noche siguiente las escenas de despedida se renovaron; los nervios de los sobrevivientes estaban todavía más excitados que la víspera y la situación era de las más penosas. Esta vez también la morfina estaba alterada, y la mayoría de ellos estuvieron muy graves, pero se restablecieron. Sólo Bobochoff y Kaljuschni, que habían absorbido dosis triples, quedaron pronto sin conocimiento. Durante la noche, Bobochoff se levantó y sintió á Kaljuschni que trataba de incorporarse; lo abrazó y le cubrió el rostro de besos. Así que se convenció de que su amigo no se levantaría más, tomó otro puñado de morfina, se acostó cerca de él y cerró los ojos para siempre.

A la mañana siguiente, cuando los vigilantes hicieron la ronda con los gendarmes, se encontró á los camaradas inanimados; el médico, llamado á toda prisa, declaró que la agonía había comenzado ya. Kaljuschni murió la tarde misma y Bobochoff al día siguiente. Los cadáveres fueron conducidos al hospital y enterrados en el cementerio, al lado de las cuatro mujeres que acababan de morir.

CAPÍTULO XXIX

Rumores alarmantes.—Una visita del gobernador general. Fuera de la prisión

El suicidio de nuestros dos camaradas dió por resultado provocar la visita de numerosos funcionarios. Primero vino el procurador, después el coronel de gendarmería y por último el gobernador de la provincia. Nosotros no tuvimos ninguna conversación con ellos y no respondíamos á ninguna de las preguntas que nos hicieron. Se retiraron sin podernos arrancar una sílaba.

Ninguna medida nueva fué tomada y todo quedó en el estado que antes, pero los trágicos acontecimientos nos habían completamente cambiado. Todos los cantos concluyeron, las risas se habían extinguido, todo juego estaba en suspenso, hasta el ajedrez. Nuestros nervios habían recibido una sacudida demasiado brutal. Estábamos como bajo el peso de un fardo penoso.

Así transcurrió el invierno de 1889 90; el silencio de las autoridades era de mal agüero. Estábamos seguros de que el drama de Kara provocaría represalias. La cuestión de las penas corporales no se había terminado, aunque contaba ya seis mártires. En la primavera, muy excitados, dos de nuestros camaradas pensaron recurrir otra vez al

suicidio para probar al gobierno que los prisioneros políticos no renunciaban á protestar contra las amenazas que se les habían hecho. Pero los otros les hicimos aplazar su proyecto hasta que el comandante, que era siempre Masjukoff, no nos hiciera conocer la respuesta. Este nos hizo saber la llegada de una nueva orden, prohibiendo los castigos corporales para las mujeres; en cuanto á los hombres, los que no pertenecían á las clases elevadas tenían que someterse. Así, pues, todo sacrificio había sido inútil: el sistema persistía, pero podíamos esperar que las autoridades no llegarían nunca á emplearlo.

Desde hacía algunos años corría el rumor de que se estaba construyendo una nueva cárcel en Akatui, localidad distante de Kara cerca de 300 *verstas*, y que se enviarían á ella los detenidos en esta última ciudad. Se decía que se iba á inaugurar en esta prisión un régimen desconocido hasta entonces en Rusia.

En el curso de los últimos acontecimientos, el número de prisioneros había disminuído; muchos habían sido enviados á la colonia penitenciaria, entre ellos mi amigo Jacobo Stefanowitch.

En los últimos años no habían venido nuevos camaradas de Rusia, porque desde 1888 el gobierno no hacía comparecer á los revolucionarios ante el tribunal, de modo que ninguna sentencia se había pronunciado contra ellos. Se había, por el contrario, adoptado el sistema administrativo, que permitía deportarlos por un tiempo indefinido bien en Siberia, bien en la isla Sakhaline. La mayoría de los que durante el verano de 1890 se encontraban en nuestra prisión, tenían el derecho absoluto de ser enviados á residencia libre, pero seguíamos prisioneros contra toda legalidad, por-

que estaba resuelto limitar á quince el número de residentes libres.

Yo tenía el derecho desde ese mismo año; pero había perdido la esperanza mucho tiempo antes. Desde la llegada á Kara me resigné á la idea de cumplir toda mi pena en la prisión, y en mis sueños no pensé nunca en la colonia penitenciaria. Creía sólo en que cuando mi pena hubiera terminado, me deportarían á algún rincón de la Siberia. La vida no se me presentaba de color de rosa, pero á pesar de eso esperaba con impaciencia el día en que estaría libre de la prisión. A semejanza de ciertos personajes de los *Recuerdos de la casa de los muertos*, de Dostoiewski, contaba los años, los días y las horas que me quedaban de estar en prisión. Cuantos más años pasaran menos me quedaban; los días me parecían largos, y más largo aún el tiempo que debía transcurrir hasta la hora de mi libertad.

La estancia en la prisión ejercía con los años su influencia deprimente sobre mí; mis nervios estaban aplanados; sentía un fardo penoso pesar sobre los hombros; mi cerebro apenas trabajaba. La apatía y el disgusto de todo constituían mi estado habitual. El porvenir se me presentaba con los más sombríos colores.

En el mes de Agosto de 1890 se acentuó el rumor de que íbamos á ser trasladados á Akatui. Esta noticia sacudió nuestra indiferencia, y el tema habitual de las conversaciones fué la vida que nos esperaba en el nuevo establecimiento.

Nos parecía imposible que la crueldad del gobierno hubiera hallado el medio de agravar la suerte de los prisioneros, cuya mayoría habían ya pasado diez años en los calabozos y probaron

todos los tormentos posibles. Todo lo que pudimos saber era que el régimen en la prisión de Akatui era terriblemente severo.

Un día supimos que el gobernador general había llegado á Kara. Recibimos orden de reunirnos en el patio, y el barón Korf no tardó en aparecer rodeado de su estado mayor y su escolta de gendarmes y soldados armados.

Nos comunicó que había recibido de Petersburgo orden de enviarnos á Akatui. El reglamento de la nueva prisión era como sigue: Los prisioneros políticos serían tratados sobre el mismo pie de igualdad que los criminales de derecho común; debíamos vivir con ellos en las mismas habitaciones, trabajar juntos en el lavado de la plata y tener el mismo alimento. «En una palabra—concluyó el gobernador,—ninguna diferencia existirá entre ellos y ustedes, y esta instrucción será rigurosamente ejecutada.»

El barón Korf se abandonó á un flujo de palabras, pero no nos pareció muy contento de la misión que se le hacía cumplir. En cuanto á nosotros, estábamos aterrados. Nuestros temores se confirmaban, pero ninguno había supuesto que se le asimilara á los criminales de derecho común. Esta medida significaba, sobre todo, que quedábamos sometidos á las penas corporales, como los otros prisioneros.

Guardamos silencio largo tiempo, porque no queríamos hablar con el hombre que había dado la orden ignominiosa de pegarle á una mujer. Varias veces nos preguntó si no teníamos nada que objetar: siempre le repuso el mismo despreciativo silencio.

El barón Korf hubiera querido entablar conversación con nosotros, y su situación era de las

más molestas. En fin, en el momento en que se iba á retirar, Mirski rompió el silencio. Bajo una forma de las más políticas, le preguntó si había entendido bien las palabras «que seríamos iguales en todo á los criminales de derecho común». Y añadió que el número de esos criminales que debían ser enviados á la colonia penitenciaria no estaba limitado.

Visiblemente contento de que consintieran en hablar con él, el barón Korf respondió que desde ese punto de vista particular, ninguna diferencia existiría en el porvenir entre ellos y nosotros. Una discusión de las más vivas se entabló entre el gobernador y Mirski; Yakubowitch también tomó parte. Con voz alta y grandes gestos, declaró que si se nos igualaba á los criminales de derecho común, ninguno de nosotros sufriría que le infligieran castigos corporales.

El gobernador intentó calmar nuestros temores; ninguno de nosotros había sido sometido á un trato semejante, y esperaba que no ocurriría jamás en el porvenir.

Estaba decidido á no tomar parte en la conversación, pero cuando oí las últimas palabras, sin poderme contener, casi á pesar mío, grité con voz tonante:

—¿Y Sigida? ¡Una mujer!

Era el suyo el recuerdo más penoso. El barón no parecía esperar la pregunta y habló con gran viveza para disculparse.

—¿Qué hemos de hacer?—dijo.—¡Se nos ultraja y debemos guardar silencio! No somos los primeros en recurrir á las violencias personales.

—Vosotros tenéis el poder—respondí yo,—pero no debéis humillarnos hasta ese punto.

El gobernador general balbuceó algunas pala-

bras casi ininteligibles; creímos comprender que quería decir que no se debía hablar del pasado y que él no era responsable de los tristes acontecimientos de Kara.

Cuando el gobernador se hubo alejado, entramos en nuestras habitaciones y nos sentimos humillados por la extraña decisión que se había tomado respecto á nosotros.

Aquel día debíamos tener nuevas emociones. A la tarde, el vigilante Pacharukoff pasó á las habitaciones la revista habitual é hizo llamar á los prisioneros en compañía de algunos gendarmes. Yo me encontraba en el corredor y quise entrar en mi habitación al mismo tiempo que ellos. Fomitscheff estaba también en el corredor y se mantuvo cerca de la puerta; cuando el gendarme iba á abrir, vi alguna cosa agitarse en el aire; un golpe terrible siguió, y el vigilante rodó por tierra. Los gendarmes, llenos de pánico, emprendieron la fuga y lo dejaron en el suelo. Corrí detrás de ellos y les grité que no debían tener miedo y que era preciso socorrer al herido; pero hizo falta algún tiempo para decidirlos.

He de hacer notar que Golubzoff, hombre lleno de finura y de tacto, del cual ya he tenido ocasión de hablar, no ocupaba ya el puesto de vigilante. Cuando comenzó nuestra protesta por hambre se hizo enviar al departamento de reos de derecho común, porque había presentido que las cosas acabarían mal con Masjukoff. Su sucesor era un hombre estúpido y descarado. Obtuve que abrieran la habitación donde estaba Prybylyeff, nuestro médico: éste hizo transportar al herido á la enfermería y le prodigó los primeros socorros. El vigilante había recibido un golpe en la cabeza con un instrumento muy duro. Estaba sin conocimiento

y no se podía precisar inmediatamente si la herida era peligrosa.

Como el comandante estaba ausente (acompañaba al gobernador general y no debía venir hasta por la mañana), fuimos los prisioneros los que tuvimos que mantener el orden. Los gendarmes habían perdido la cabeza y nos obedecieron pasivamente. Cuando hicimos transportar al herido en una camilla á su casa nos ocupamos de nuestro compañero, que pidió él mismo ser separado de nosotros y lo encerraran en una celda del edificio próximo.

El acto de Fomitscheff nos parecía absolutamente inexplicable, porque el vigilante era un simple subordinado, individuo sin importancia, del que no nos habíamos jamás ocupado.

La única idea que nos vino á la mente fué que había perdido de repente la razón al saber el nuevo trato que nos estaba reservado. Se podía tanto menos esperar este hecho de su parte cuanto era, como ya he dicho, un monárquico ardiente. Nuestra suposición estaba confirmada por el hecho de que había tenido ya varias veces violentos accesos de cólera. Pero estábamos en un error. A la mañana siguiente, él mismo nos dió la explicación de su atentado. Algunos meses antes, cuando se encontraba en la enfermería de la prisión, donde Pacharukoff era vigilante, había sido testigo de una escena que le indignó. Dos prisioneros barrieron el patio y el vigilante pretendía que no lo habían dejado bien limpio. Con este motivo les dió de palos hasta hacerles saltar sangre; la ejecución había tenido lugar bajo las ventanas de la celda donde Fomitscheff estaba enfermo. Había concebido desde esa época un gran odio contra ese hombre, pero no pensaba en ven-

garse. Ahora, cuando oyó al gobernador decir que seríamos tratados como los criminales de derecho común, había recordado, como á propósito de una bagatela, que algunos prisioneros podían ser sometidos á los más bárbaros tratos por capricho de un funcionario imbécil, y decidió tomar venganza del vigilante para demostrar, al mismo tiempo, cuál sería nuestra actitud en caso de que nos aplicaran la pena del *knout*.

Temíamos que el gobernador general considerase este hecho como resultado de un complot tramado entre nosotros. Esperábamos represalias, y durante algunos días estuvimos en cruel incertidumbre. El médico declaró que nuestro compañero había perdido la razón bajo la influencia de la noticia que el gobernador nos comunicara aquella mañana, y felizmente el golpe recibido por el vigilante no era mortal. El hombre se curó, pero quedó sordo de un oído. En fin, el gobernador, que se consideraba dichoso de que su visita á la prisión no hubiera tenido peores consecuencias, se contentó con someter á Fomitscheff á observación en la enfermería, y su atentado no tuvo más consecuencias que prolongar otros dos años su prisión.

Después de las declaraciones que el gobernador general Korf nos había hecho, podíamos esperar que todos los que teníamos derecho de ser enviados á la colonia penitenciaria, en número de veinte, no iríamos á Akatui.

En cuanto á mí, no podía creer que tendría término mi prisión y que gozaría de libertad, por escasa que fuera. Había aprendido á mis expensas en Friburgo cuán fácilmente se desvanecen las esperanzas; rechazaba toda visión de un porvenir dichoso; me obstinaba, por el contrario, en

representármelo con los colores más sombríos.

Pero no tardó en saberse que, en efecto, todos los que teníamos derecho seríamos excarcelados, y que se había ya formado la lista.

Es así que un día, de improviso, fueron excarcelados tres de nosotros: Luri, Rechnyevski y Soukhomlin, á los que habían seguido sus mujeres hasta allí. Casi en seguida apareció Masjukoff en nuestro departamento en compañía de su sucesor Tominin. Los dos nos comunicaron que diez y siete de nosotros serían puestos en libertad, y mi nombre figuraba en la lista.

Hicimos un paquete con nuestros pobres efectos y nos despedimos de los camaradas que á la mañana siguiente debían partir para Akatui. El pensamiento de que algunos de nosotros iban á ver agravarse su situación, atenuaba la alegría de nuestra libertad.

Otras veces mis camaradas y yo nos habíamos imaginado con los colores más risueños el momento deseado, y ahora, al llegar la embriaguez soñada, experimentaba como un desencanto. Tenía una sensación de pena al dejar una casa que se me había hecho querida. Partíamos con la cabeza alta, pero el rostro triste y sin entusiasmo.

La puerta se abrió y un grupo de hombres dejó la cárcel. Era la libertad de la Siberia con todas sus restricciones. ¡Pero era la libertad!

CAPÍTULO XXX

Nijnaja-Kara.—Vida nueva.—Los ladrones de oro

La localidad de Nijnaja-Kara, donde se encontraba la colonia penitenciaria, producía una impresión especial.

Las habitaciones se extendían á algunos minutos de la prisión por las pendientes de una colina, cerca de la ribera del Kara, que arrastraba arenas de oro, y cuyo lecho estaba casi seco en el verano. Ni por sus edificios ni por su población parecía una aldea rusa. Los prisioneros de derecho común, hombres y mujeres, estaban en mayoría. Había gran número de descendientes de los prisioneros y aldeanos que se ocupaban en el lavado de oro, «aldeanos del zar». Un batallón entero de cosacos á pie montaba la guarnición, y por último, los oficiales de cosacos y una parte de empleados penitenciarios completaban la población.

La variedad de edificios correspondía á la variedad de habitantes. Los criminales de derecho común que no estaban casados se acuartelaban en grandes edificios, que partían con los cosacos. Oficiales y empleados habitaban casitas pequeñas y limpias, que pertenecían al Estado. Los políticos y los criminales de derecho común casados

ocupaban chozas de madera, malas y medio caídas. Había tres tiendas de quincalla y comestibles.

Los primeros días tuvimos gran trabajo para instalarnos, porque no había bastantes casas para albergar á veinte hombres que dejábamos la prisión á un tiempo. Teníamos numerosas incomodidades, pero el solo hecho de no tener ante los ojos á los aborrecidos carceleros era una gran alegría; por otra parte, escapábamos por la primera vez á la humillación de hacernos afeitar la barba y los cabellos; podíamos vestirnos á nuestro gusto, se nos dejaba en libertad de ejercer un oficio cualquiera, pero las profesiones liberales estaban prohibidas. El registro de la correspondencia era menos riguroso; podíamos escribir personalmente á nuestras familias y recibir gran número de folletos y periódicos prohibidos en la prisión. Pero lo mejor para nosotros era poder movernos con toda libertad y según nuestro capricho y pasear en los alrededores de la aldea.

Desde que dejamos la cárcel estábamos bajo la vigilancia de la administración penitenciaria. Cada mañana y cada tarde un vigilante de la prisión hacía su ronda por nuestras habitaciones, y todos firmábamos en un libro; de esta manera se hacía constar que ninguno se había fugado. No podíamos alejarnos más de diez *verstas* sin la autorización especial del administrador, que era el mismo Pacharukoff al que Fomitscheff había herido.

Nuestra situación, desde el punto de vista material, era mejor que en la cárcel. Además de los víveres que recibíamos del Estado y del dinero que mandaban nuestros parientes, podíamos procurarnos algunos recursos con el trabajo.

De una manera general habíamos conservado la organización adoptada en la cárcel, la que sufría, como es natural, ciertas modificaciones impuestas por las circunstancias. Teníamos que ocuparnos de una porción de cosas desconocidas en la prisión. El otoño era para los hombres la época de los trabajos más penosos: se necesitaba ir á cortar en el bosque la leña necesaria para calentarnos durante el invierno y el heno destinado á la manutención de nuestras bestias, porque teníamos seis vacas de leche y cuatro caballos. En la primavera nos ocupábamos de los trabajos de jardinería; en verano sembrábamos el heno en la pradera. Los que trabajamos en común hacíamos igualmente reunidos la cocina.

Todo el mundo tenía en qué ocuparse, porque el trabajo no faltaba. Los trabajos del invierno me parecían muy rudos. Con frecuencia había que ir con los trineos hasta diez ó doce *verstas* de distancia á buscar la leña ó el heno necesarios, y algunas veces no se regresaba hasta bien de noche. Teníamos que levantarnos para dar pienso á los caballos, y con los fríos siberianos esto es cosa penosísima. Cuando íbamos á las selvas éramos dos para cargar las grandes carretas de heno y conducir las á la casa. Teníamos las manos destrozadas por esta tarea, á la que no estábamos acostumbrados; con frecuencia se rompían las cuerdas ó los caballos perdían el camino. Podíamos apenas movernos en nuestros pesados trajes de piel de carnero y las botas forradas. Cuando llegábamos á casa íbamos cubiertos de sudor, á pesar del frío.

Algunas veces este trabajo presentaba cierto encanto: era una sensación extraña recorrer de noche la llanura cubierta de nieve y sumirse en

las tinieblas de la selva. Reinaba un silencio de muerte, interrumpido sólo por los crujidos de la nieve, que se rompía bajo las patas de los caballos y las ruedas del trineo, ó de tiempo en tiempo por el lejano aullido de los lobos. Miriadas de estrellas centelleaban en el firmamento; alrededor de nosotros ni la menor traza de vida humana. Pero el frío cruel, que era más riguroso por la mañana, nos hacía olvidar bien pronto toda poesía. El hielo penetraba á través de nuestras pieles y nos sentíamos como traspasados por millares de alfileres. Con frecuencia la brisa era tan aguda, que el aguardiente que llevábamos se helaba en las botellas; á pesar de todas las precauciones que tomábamos, el líquido se convertía en un témpano de hielo.

Por suerte las expediciones no eran muy frecuentes, y á la vuelta se probaba la impresión deliciosa de entrar en nuestra casa. La pequeña choza de aldeanos que ocupaba me hacía el efecto de un palacio, y sentía en ella un bienestar exquisito. Un tercio de la estancia lo ocupaba un vasto hogar ruso, que por desdicha hacía demasiado humo. Las ventanas y las puertas cerraban mal, los muros y el techo dejaban pasar el viento por las junturas, aunque yo estaba siempre ocupado en calafatearlo con el mayor cuidado; pero todo esto no eran más que pequeños detalles. Sólo se comprende la alegría de tener una casa cuando se ha sufrido por largo tiempo el martirio de no estar jamás solo, siempre bajo miradas extrañas. Para guardar este placer todo entero me sometí solo á las fatigas que los otros evitaban, partiéndolas entre dos cuando eran amigos íntimos. Muchos preferían imponerse los trabajos de barrer, encender el hogar é ir á buscar el agua, por gozar

el privilegio de vivir solos. Mi choza, que me entregaron casi derruida, era propiedad del Estado. La había reparado por mí mismo. Estaba situada cerca de otras construcciones, al fin de la aldea y sobre el declive de una colina, al lado del cementerio. Al principio me preocupó el estado de la puerta, que se podía abrir de un puntapié. Esto no era muy tranquilizador en la vecindad de tantos condenados de derecho común, pero no he tenido jamás ocasión de quejarme de ellos, y aunque me retiraba tarde de noche por los senderos más solitarios, me sentía tan tranquilo como en las ciudades mejor vigiladas por la policía.

Entre los criminales de derecho común que se encontraban en la colonia figuraba un cierto Lysenko. Se decía de él que había matado á toda una familia; no tenía mal aspecto y era extraordinariamente devoto. Cuando se le conocía personalmente, no se podía imaginar que este hombre hubiese matado criaturas inocentes.

Sentí curiosidad de saber si eran ciertos los rumores que circulaban respecto á él, y hallé un día ocasión de preguntarle.

—Sí, todo eso es verdad—me respondió.

—¿Y cómo tuvo usted valor de matar los niños?
—le preguntó uno de mis amigos.

—Ellos daban gritos delirantes, pero eso no me impidió matarlos, porque esa era la voluntad de Dios. Si Dios no hubiera querido, yo nos los hubiera matado. Es Dios el que me inspiró esta resolución.

Tal fué su respuesta. Mi amigo, por el cual Lysenko parecía tener simpatía, le dijo:

—¿Y si yo me encontrara en un sitio solitario, me asesinaría usted también?

—Si sabía que llevaba usted dinero, no dudaría

en retorcerle el pescuezo—respondió él con alegre franqueza.—Pero no lo haría jamás sin serias razones.

En esta época Lysenko hacía un comercio bastante peligroso, y que estaba severamente prohibido: compraba lo que se llama *oro robado* y lo cambiaba por aguardiente.

Se debe hacer notar que los habitantes de Kara vivían entonces en condiciones bastante especiales, porque en todas partes se encontraban pedazos de oro. Armados de un cesto y un cuchillo curvo, hombres y mujeres iban á la orilla del Kara ó de los otros riachuelos y sacaban fácilmente dos ó tres rublos de polvo de oro. Esto estaba rigurosamente prohibido por la administración, pero, á pesar de eso, se practicaba casi continuamente sin ocultarse. El que no iba por sí mismo á buscar el oro, hacía el tráfico; de modo que toda la población de la colonia, salvo los políticos, no tenía otra ocupación. A excepción de algunos honrados funcionarios, nadie tenía escrúpulo de violar el reglamento. He conocido familias que se dedicaban á la busca del oro como si se tratara de un oficio. Todo el mundo encontraba natural que los buscadores de oro guardaran para ellos los tesoros que arrancaban á la tierra, y se preocupaban poco de que la ley reconociera que esos tesoros eran propiedad privada del zar, ó, para hablar en el lenguaje oficial, *del Gabinete de Su Majestad*. Era evidente que á pesar de todos los trabajos que se tomaba la autoridad local para defender los yacimientos de sus distritos, se sacaba más oro por los procedimientos prohibidos que por los legales; recogedores é intermediarios encontraban el medio de hacerlo pasar por la frontera de la China, donde obtenían

mejor premio que el ofrecido por *el Gabinete*. Todos los hombres competentes están de acuerdo en reconocer que los ladrones de oro prestaban servicios inapreciables al Estado. Eran ellos los primeros en trazar senderos en la *taiga* ó selva virgen, para ir á buscar el precioso metal en todas direcciones, y gracias á esto se descubrían numerosos yacimientos. Los aventureros se aprovechan poco del dinero que conquistan; la mayoría de entre ellos son incorregibles borrachos, que quedan toda su vida esclavos de las deudas que contraen con recogedores é intermediarios. Tengo interesantes detalles que dar de la vida y las costumbres de los buscadores de oro; baste por el momento con decir que constituyen un mundo aparte, un Estado en el Estado, con sus tradiciones especiales y sus leyes rigurosamente respetadas.